



Castillo de naipes

A expensas de lo que pueda suceder el día 21 de diciembre el proceso separatista cae a ojos vistas como la casa de papel del primer cerdito del cuento. Todo era un castillo de naipes. Lo único real era, es, lo que cobran los líderes separatistas, sus lugartenientes y sus terminales subvencionadas.

Se dice que a un ejército se le vence cuando se rompen sus líneas de abastecimiento. El control de esas líneas tras el conflicto es lo que determinará la victoria. No ya la victoria el día 21, sino la victoria a medio y largo plazo sobre el nacionalismo secesionista.

La línea principal del suministro separatista en Cataluña es el presupuesto de la Generalidad. Estar enchufado al respirador oficial del gobierno, sin embargo, es tanto una fuerza como una debilidad.

Uno puede ir consiguiendo que la sociedad civil vaya menguando en favor de una progresiva gubernamentalización de los principales resortes de creación de opinión. Esto se consigue en parte mediante la política de ayudas y subvenciones, la creación directa de televisiones, radios o medios públicos y la política lingüística.

No sólo en donde gobiernan los nacionalistas, pero desde luego donde gobiernan los nacionalistas, casi todos los medios importantes dependen del gobierno o son clientes del gobierno. Ya sea por la publicidad institucional, las subvenciones o los pagos dependientes de la promoción del catalán, el gallego o el vascuence.

En todos los casos el fin es que el gobierno controle los medios, si es en una Comunidad en la que no hay nacionalistas simplemente para crear adhesión al gobierno, lo que ya de por sí resulta bastante malo, pero si se trata de una Comunidad gobernada por nacionalistas la gubernamentalización de los medios se usa sin complejos para estimular el separatismo.

Lo mismo que se puede decir de los medios de comunicación resulta aplicable a la Educación. La educación gubernamental, a la que solemos

llamar pública que queda más bonito, no tiene como fin que de los centros educativos salgan al mundo las generaciones más preparadas de la historia, sino los votantes más dependientes.

En las Comunidades gobernadas por el nacionalismo, el objetivo además es que las nuevas generaciones no se parezcan nada a sus padres si estos no eran nacionalistas. La educación pública es a menudo el instrumento para que no sean las familias quienes educan a sus hijos en sus valores sino que sea el gobierno quien educa en sus objetivos a los hijos de los demás.

El nacionalismo, además, utiliza la lengua como paraguas bajo el que colar su mensaje político e ideológico a todos los estudiantes desde la más tierna edad. En Cataluña cada día se publica un ejemplo de manipulación de la población escolar.

No se trata de eliminar la pluralidad informativa o educativa sino de garantizarla, para lo cual es preciso arrancarlas del control gubernamental. Tampoco se trata de que el control pase de ellos a otros sino de que no exista control y de que no haya un arsenal que vaya pasando por turnos de un partido a otro sino de que la información y los medios sean libres gobierne quien gobierne.

En el fondo a todos nos interesa más la libertad permanente que la tiranía por turnos.

Otra cuestión es el control de los Mossos, la Ertzaintza o la Policía Foral. No puede ser que en Cataluña haya 17.000 hombres armados, una división, a las órdenes del próximo iluminado que decida crear una república independiente respaldada por 17.000 pistolas.

Si la derrota del separatismo en este desafío consiste en que pierda el control de los medios y la educación para que haya libertad, en el ámbito de las fuerzas de seguridad el Estado debe asegurarse o de que los cuerpos autonómicos son leales o de que se encuentran directamente bajo el control del gobierno español.

17.000 hombres armados fuera del control del Estado y al mando de los dirigentes de una autoproclamada república dentro del territorio español es el equivalente a una invasión y un escenario al que afortunadamente no nos hemos tenido que enfrentar.

A fin de cuentas el problema real no es enfrentarse a 10.000 borrocas de la CUP sino a 17.000 mossos fuera de control. No es que el Estado español no se pudiera hacer cargo, pero no se podría hacer cargo sin un coste en vidas humanas que es mucho mejor evitar.

Recapitulando, la derrota del nacionalismo no consiste en tantos o cuantos diputados obtenga el día 21 de diciembre, aunque si pierden mucho mejor, sino en que pierdan los resortes mediante los que han estado intentando crear una mayoría separatista y que seguirían utilizando para replantear el conflicto dentro de 4 años, acaso más enloquecidamente aún, si conservan el control.

Atentamente,

Paz y risas.